

Cuando el informante se impone al investigador... Historia de vida y homosexualidad masculina en una comunidad rural michoacana

Karine Tinat

Resumen

En este artículo se discutirán diferentes aspectos de la historia de vida realizada a un hombre homosexual de Patamban, Michoacán. Su caso resalta porque fue él mismo quien se presentó ante la investigadora con la petición de que escribiera sobre él. Esta situación excepcional motivó una serie de reflexiones de orden metodológico respecto a la historia de vida como técnica de investigación y sobre lo que puede significar, para un sujeto de estudio, afirmar su identidad mediante la escucha del investigador. Al inicio del artículo se presenta una discusión sobre el contexto del informante; posteriormente se desarrolla la reflexión metodológica; luego, se analizan algunas de las temáticas recurrentes y etapas de la vida destacadas en el relato; y, finalmente, se expone sobre lo que ha significado, para esta investigación, adaptarse a situaciones inesperadas.

Palabras clave: historia de vida, trabajo de campo, metodología cualitativa, homosexualidad, medio rural.

Abstract

When the informant imposes himself on the researcher... History of life and masculine homosexuality in a rural community from Michoacán

This paper will discuss the different aspects of the history of the life of a homosexual man from Patamban, Michoacán. His case stands out because he presented himself

before the researcher with the petition that she wrote about him. This exceptional situation motivated a series of reflections of methodological order in relation to the history of life as a research technique and what it may mean, for a study subject, to affirm his/her identity as is heard by the researcher. At the beginning of the article, a discussion is presented on the context of the informant; then, a methodological reflection developed. Subsequently, some of the recurrent topics are analyzed and the stages of life highlighted in the account; and finally, it is related what has all meant, for this research, to adapt to unexpected situations.

Key words: history of life, field work, qualitative methodology, homosexuality, rural milieu.

Introducción

En ocasión de los 40 años del Centro de Estudios Sociológicos, por lo que surge este número especial de *Estudios Sociológicos* que nos invita a ofrecer un panorama de nuestros intereses y líneas de investigación, elegí compartir aquí una situación a la cual me enfrenté de manera relativamente reciente, mientras estaba haciendo trabajo de campo. Quisiera reflexionar sobre esta situación y discutirla porque plantea, me parece, importantes cuestiones de orden metodológico, sin contar que me llevó a poner en tela de juicio principios sobre las maneras de hacer trabajo de campo y a repensar mi agenda de investigación.¹

Como acostumbran enseñármolo, antropólogos y sociólogos solemos ir al trabajo de campo con una idea bastante precisa del proyecto de investigación que vamos a desarrollar, así como de las técnicas a las que vamos a recurrir para cosechar el conjunto de datos empíricos. En general, tenemos en mente un perfil más o menos definido de las personas que quisiéramos entrevistar, por lo menos en términos de edad y sexo; asimismo, nos prefiguramos las vías posibles para encontrar a tales personas.² En otras palabras, la mayoría de las veces los investigadores tenemos la sensación de asumir las riendas del trabajo de campo, de tomar los rumbos que habíamos predeterminado y de tener el control de la selección de nuestros informantes. Ahora bien, mi propósito será demostrar que, por lo menos en el caso presentado aquí, puede que esta sensación de “dominio de las cosas” sea perfectamente ilusoria.

¹ Agradezco a la doctora Mary Kay Vaughan de la Universidad de Maryland por la fineza de los comentarios que realizó sobre una versión preliminar de este artículo; sin duda, sus luces me ayudaron a profundizar la reflexión sobre esta situación de campo.

² Esta preparación del trabajo de campo que propicia la previsibilidad de los encuentros con los informantes se encuentra descrita en numerosos manuales de métodos cualitativos. Para citar una sola referencia, véase Taylor y Bogdan (1987: 108-109).

El punto de partida para la reflexión y discusión puede ser descrito, aunque sea de manera esquemática, como sigue: muchos investigadores solemos acudir durante varios años a un mismo lugar para realizar trabajo de campo; la multiplicidad de los intercambios entablados con la población estudiada o la comunidad hace que muchas veces un gran número de personas —más de las que creemos— nos ubique, nos conozca y reconozca; en este contexto y entre todas estas personas, puede surgir repentinamente un sujeto, imponerse a nosotros y formular una demanda explícita y firme de que lo estudiemos y/o que escribamos sobre él. Si la propuesta es estafalaria, se detecta casi en seguida y la interacción de ninguna manera se transforma en un proyecto de estudio. En cambio, cuando hay una verdadera petición expresada por un sujeto que, *a priori*, parece serio, esta misma situación puede desorientar.

Desorientada fue precisamente como me sentí cuando apareció Diego, mientras estaba en pleno trabajo de campo en Patamban, un pueblo del estado de Michoacán. Diego es un hombre en sus cincuenta y que se presentó a mí, pidiéndome sin rodeos que escribiera un libro sobre su vida de hombre homosexual. Más adelante, describiré con detalles este encuentro que desembocó en una serie de decisiones y posiciones que tomé. Por el momento adelantaré que, con toda evidencia, no es porque un informante aspira a que nos enfoquemos en él o que escribamos sobre él que nos vamos a interesar efectivamente por él o escribir sobre él. Esta no es una razón ni primera ni suficiente. Y por si acaso un proyecto de estudio nace de un encuentro como éste, es imperativo enmarcarlo en su entramado de significaciones. ¿Qué significa esta petición para el informante? ¿Qué motivos conducen al investigador a aceptar este tipo de solicitud tan explícita? Sin duda, son estas primeras preguntas las que se plantean, que anteceden a muchas otras y que intentaremos resolver aquí.

Este trabajo se articulará en cuatro momentos. Primero, se tratará de reflexionar sobre el contexto del estudio: si bien esta interacción informante-investigadora sucedió en un pueblo de Michoacán, tal vez valga la pena pensar en otros contextos o universos de referencia, sugeridos o no en el relato del informante. Segundo, abordaremos los diferentes aspectos metodológicos que han surgido desde el encuentro con el informante hasta la decisión de realizar una historia de vida con él. Tercero, presentaré el contenido mismo de las entrevistas realizadas con Diego, destacando las diferentes etapas de su vida y las temáticas recurrentes en su relato. Por último, abriremos una reflexión en torno a las razones que, como investigadora, me motivaron a decidir hacer una historia de vida con Diego: si bien éstas derivan del contenido de las entrevistas, veremos también que no se separan de cómo interpreté el significado que Diego podía otorgar a tal empresa.

El contexto de la investigación: Patamban, Michoacán... ¿Y qué más?

Toda investigación, en antropología o sociología, suele empezar por una presentación de su contexto o “universo”, como a veces lo denominamos, y se exponen las principales características (geográficas, sociales, culturales, etc.) del lugar y de la población estudiada. Esto haremos a continuación, antes de explorar otras profundidades del contexto posible.

Patamban es un pueblo del estado de Michoacán, encaramado a 2 140 m de altitud, al noroeste de la región conocida como la Meseta Tarasca.³ Depende de la cabecera municipal de Tangancicuaro, a donde los patambeños pueden llegar en aproximadamente media hora, gracias al sistema de “combis” y taxis del pueblo. Otra media hora de transporte es luego necesaria para recorrer el trayecto de Tangancicuaro a Zamora, la ciudad más cercana, donde los lugareños acuden a veces para surtirse de ropa y comida, asistir a consultas médicas o ir a vender su producción alfarera en el mercado. Patamban ya no es el pueblo aislado de antes. Desde el año 2000 ya no es una brecha de terracería lo que lo comunica con Tangancicuaro, sino una buena carretera de asfalto.⁴ En el pueblo también se han erigido casas de cemento gracias a la llegada de remesas de los parientes, instalados en Estados Unidos. Hoy en día, las trojes típicas purépechas son minoritarias, aunque todavía visibles. Desde hace más o menos cinco años, se ha ido mejorando el empedrado de las calles principales; se han abierto muchos nuevos locales, tales como una zapatería y una suerte de “cibercafé”. Patamban es un pueblo permeado por múltiples procesos de modernización, de los cuales uno de los más importantes es, sin duda, la migración hacia Estados Unidos.⁵

Según el último censo realizado en 2010 por el INEGI, Patamban contaba con 3 602 habitantes: 1 669 hombres y 1 933 mujeres. Esta cifra sólo puede servir de indicador porque no es exacta ni estable, dada la proporción de patambeños que han ido “al otro lado”, de manera ilegal en su mayoría.⁶ Desde

³ Como lo menciona Moctezuma Yano, la Meseta Tarasca está situada en el extremo del eje neovolcánico que divide a México de Este a Oeste en su parte central (Moctezuma Yano, 2002: 103).

⁴ La construcción de la carretera de asfalto se hizo por etapas entre 1996 y 2000.

⁵ Es una tendencia que concierne a todo el estado de Michoacán. Más precisamente, cabe agregar que Michoacán —junto con Jalisco, Guanajuato y Zacatecas— forma parte de la “región histórica”, es decir, que desde los comienzos del siglo XX salieron trabajadores migrantes a Estados Unidos y el fenómeno se incrementó aún más cuando se firmaron los convenios braceros entre 1942 y 1964 (Durand, 2007: 58-61).

⁶ Casi todas las familias tienen por lo menos un miembro que ha migrado a Estados Unidos. Si bien la decisión de ir al norte se puede tomar casi de la noche a la mañana, sobre todo para los jóvenes, los destinos están generalmente predeterminados en función de los contactos,

la crisis económica mundial de 2008 y ante el desempleo que ésta generó, numerosos son los que han vuelto a Patamban y que intentan desempeñarse en la construcción, en el campo o en “lo que sea” con tal de que desemboque en una remuneración. Las dos actividades principales que sigue ofreciendo la comunidad para los hombres son la agricultura (junto con la explotación forestal) y la construcción. Las mujeres, por su parte, se dedican a las labores domésticas; algunas venden comida en la plaza y muchas de ellas producen alfarería utilitaria en el corral de sus casas. Patamban es uno de los pueblos michoacanos más reconocidos por su tradición alfarera que se remonta a los tiempos prehispánicos (Moctezuma Yano, 2002: 101). Sólo unos pocos hombres se dedican a esto como profesión y suelen hacer alfarería decorativa (floreros, cántaros, torres...). Al lado de esta costumbre ancestral resisten algunos signos de la cultura purépecha. Si bien los habitantes sólo usan el traje tradicional durante las ocasiones festivas, casi todas las mujeres llevan cotidianamente el rebozo azul y negro. Hoy en día, en 2013, ya no hay ningún lugareño que hable exclusivamente la lengua indígena. La cultura purépecha, en cambio, se aprecia a través de las grandes festividades de Patamban: nunca falta un desfile de *guares* por las calles, un baile de los viejitos o el sonido de *pirekuas* en la plaza central.⁷

En Patamban se mezclan signos de la modernidad y de la tradición. En la banqueta delante de sus casas o bajo los portales de la plaza central, no es raro observar a abuelas envueltas en sus rebozos, peinadas con largas trenzas, encorvadas, vendiendo panes o tejiendo. A algunos metros de ellas puede estar un grupo de jóvenes vestidos con camisetas con logotipos de la cultura estadounidense, pantalones de mezclilla cortos y anchos, cadenas de metal, tenis, lentes de sol y cachuchas. En las fiestas de las escuelas, en ocasiones como el día de las madres o las graduaciones de fin de año, pueden alternar cantos y bailes folclóricos con representaciones teatrales procedentes de la cultura televisiva, como lo son por ejemplo *sketches* de El Chavo del Ocho.⁸ Otro contraste visible en el pueblo es el rugir de camionetas *pick-up*, en general traídas desde Estados Unidos, con el paso lento de burros que siguen

de las relaciones familiares o amistades. Las regiones de destino de los patambeños suelen ser California, Florida, Colorado y Carolina del Norte.

⁷ *Guare* significa “mujer” en purépecha. Una *pirekua*, que significa “canción”, es uno de los géneros musicales tradicionales de la cultura purépecha del estado de Michoacán; suele transmitir mensajes de amor y desamor.

⁸ Esta observación procede directamente de dos participaciones que tuve en fiestas de escuela: para el 10 de mayo de 2006 estuve involucrada en un jarabe tapatío que bailamos con las jóvenes de la prepa de Patamban; a finales de junio de 2010 fui madrina de un niño de Patamban que salió del kínder.

transportando buenas cantidades de leña. Si, entre las tendencias nuevas, se escucha a algunos jóvenes proyectar ir a estudiar en las universidades de las ciudades más cercanas de Michoacán, se sigue constatando una tasa de analfabetismo que concierne a 503 personas, es decir, casi 14% de la población total de Patamban (INEGI: 2010). Es en este contexto de fuerte sincretismo donde se sitúa Diego, el protagonista de este artículo.

El universo de investigación que acabamos de referir es el lugar o ambiente donde Diego vive y se mueve cotidianamente. Se trata del contexto primero, el que se impone como obviedad. Ahora bien, creemos que, cuando un informante empieza a contar una historia que él mismo ha decidido contar, es imprescindible que nos preguntemos cuál es su contexto particular, lo que lo motiva a querer contarnos su historia, pues tal vez ésta remita a algo distinto de lo que ofrece su entorno directo. Para el caso que nos ocupa aquí, la pregunta que me surgió casi justo después del encuentro con Diego fue: ¿Cuál es el contexto de la historia de este hombre, más allá del universo que estoy determinando como obviedad? Entre otras hipótesis de partida, bailó en mi mente la posibilidad de que él quisiera hablarme de una situación específica que estuviera asociada a los homosexuales —un poco como lo fue la epidemia de sida en los años ochenta— o que quisiera situarse (o no) respecto al movimiento gay, mismo que hubiera descubierto por medio de la televisión o a través de sus vivencias fuera de Patamban.⁹ Ninguna de estas dos hipótesis resultó fructífera: una prueba quizás de que el estudio de la homosexualidad me tomó por sorpresa. En el relato de Diego no hay ninguna referencia a estos contextos globales; sin embargo, traigo a colación estas conjeturas porque las creo necesarias, aunque no lleguen, a primera vista, a ningún resultado. A mis ojos, el trabajo de campo siempre debe disparar la reflexión para que nunca nos quedemos con respuestas automáticas y que inmediatamente nos satisfagan; el trabajo de campo debe matar toda idea preconcebida.¹⁰ Escuchar a un informante no es descifrar y/o esperar respuestas a suposiciones que nos formulamos previamente, sino que consiste más bien en abrirnos enteramente al otro, dejarnos asombrar por lo que nos cuenta, replantearnos preocupaciones totalmente distintas de las que teníamos inicialmente.

El conjunto de entrevistas realizadas con Diego permite ver que su intención era principalmente hablar de su vida en Patamban y, más precisamente,

⁹ Un autor que describe atinadamente tanto la epidemia de sida como la evolución del movimiento gay desde hace tres décadas es Jordi Diez (2010).

¹⁰ La grabación de las entrevistas no representa más que una parte reducida del trabajo. La experiencia de campo sólo es fecunda cuando la discutimos e interrogamos para hacer emerger hipótesis que sometemos luego a verificación.

de él, sus amantes y su familia. Aunque no haya analizado todavía todas las vertientes del relato, después de haberlo escuchado atentamente y grabarlo, estoy en condiciones de adelantar que sí es posible contextualizar la historia de Diego en un marco que supera el pueblo de Patamban. En efecto, Diego habla en filigranas pero constantemente de las condiciones del ejercicio de la sexualidad de los homosexuales en un medio rural. En futuros escritos que profundizarán en la historia de Diego y analizarán todo el material recopilado, será imprescindible elaborar el estado de la cuestión de las investigaciones que tratan directamente de cómo se vive la homosexualidad en el medio rural (mexicano u otro) porque, a primera vista, es este trasfondo el que destaca en el discurso de Diego.¹¹

Aspectos metodológicos: cuando el informante se impone...

Desde el año 2005 realicé trabajo de campo en Patamban. De octubre de 2005 a junio de 2007 hice una etnografía del pueblo con largas sesiones de observación participante y entrevistas a profundidad. En aquella época uno de mis objetivos principales era estudiar las representaciones y prácticas alimentarias y corporales de la juventud patambeña; para tal fin me había acercado a 12 jóvenes, quienes constituían el total del alumnado del colegio de bachilleres y cuyas edades oscilaban entre 15 y 26 años.¹² A partir de 2007 y hasta la fecha, he ido realizando estancias puntuales, desde varios días hasta dos semanas, por lo menos una vez al año. En estas estancias recojo nuevos datos, actualizo historias de vida y visito a la gente con quien he tejido lazos de complicidad y amistad.

Un día de junio de 2009, durante el baile de la fiesta de San Pedro, un hombre —amigo de los informantes con quienes me encontraba— me abordó: “Ya te conozco. Te he visto muchas veces en el pueblo, sé que eres antropóloga y quisiera que escribieras un libro sobre mí, sobre mi vida”. En ese mismo momento, me acuerdo haber abierto grandes los ojos y contestado en un balbuceo: “¿Sabes?, es muy difícil escribir un libro. Si quieres, lo podemos hablar”. Al día siguiente me reencontraba con este hombre, quien me volvía a expresar sus ganas de que alguien escribiera su vida. Me explicó que, algunos años antes, había devorado un libro sobre la vida de una prostituta y, desde esta lectura, había madurado en él la idea de que, como

¹¹ El antropólogo mexicano que, sin duda, es el mayor especialista en esta temática, es Núñez (2000; 2001).

¹² Información más a detalle se encuentra en otros artículos de mi autoría (Tinát, 2008a; 2008b).

homosexual, él también podría contar su vida.¹³ Al terminar la conversación acordamos empezar, tres meses después, a grabar entrevistas sobre partes de su vida. Recurro al seudónimo de Diego para hablar de este hombre, lo que puede resultar paradójico, ya que expresaba el deseo de ser protagonista de un libro entero. El hecho es que, un día, él y yo jugamos a encontrarle posibles seudónimos; el ejercicio le parecía sumamente divertido porque le sonaba como travestirse, y así fue como se conservó la idea de disfrazar su nombre.¹⁴ Cuando conocí a Diego tenía 47 años; en el momento de la redacción de estas líneas, se está acercando a los 51.

Entre septiembre de 2009 y abril de 2012 realicé aproximadamente 60 horas de entrevista a profundidad con Diego, lo que representa unas 800 páginas de transcripción. Asimismo, compartí numerosos momentos de la vida cotidiana con Diego. Me enseñó su profesión de siempre: la alfarería; me mostró y me describió los álbumes de fotos donde aparece con su familia, con sus amantes; vimos partidos de fútbol en la televisión; asistimos a diferentes comidas festivas y cotidianas con sus otros amigos homosexuales; lo acompañé al “mandado” a la plaza principal del pueblo; paseamos por todo el pueblo mientras conversamos; lo ayudé a maquillarse antes de ir a bailar; lo acompañé a casa de su amiga, la experta en brujerías, para escuchar lecturas de cartas... Estas situaciones de observación participante durante las que busqué cierta empatía con Diego, y estos ejercicios de reactivación de la memoria del informante con base en soportes como las fotografías, son, en realidad, técnicas que suelo aplicar cuando hago trabajo de campo.

Frente a este encuentro espontáneo con Diego, necesito hacer varias precisiones de orden metodológico. Puedo afirmar, primero, que decidí no preparar ninguna pregunta antes de empezar a escuchar la historia de Diego. Quería dejar a Diego hablar lo más libremente posible; quería ser toda oídos y sobre todo entender lo que él consideraba tan importante contarme. Nunca un informante se había presentado e impuesto a mí de esta manera. Como lo afirmé en la introducción, los investigadores solemos decidir con quiénes hacemos entrevistas porque tenemos preguntas de investigación, hipótesis u objetivos concretos que preceden y condicionan esta decisión. Nos

¹³ Diego me enseñó el libro sobre la vida de la prostituta, que todavía tenía en su habitación. En el momento de la interacción no pensé en interrogarle sobre el vínculo que él establecía entre la vida de una prostituta y la de un homosexual. Tampoco imaginé que podía ser un homosexual que se prostituía y, de hecho, él insiste en que nunca ha sido así. Conforme fueron avanzando las entrevistas entendí que sólo había hecho este acercamiento entre una prostituta y un homosexual porque quería proporcionar abundantes detalles acerca de su sexualidad.

¹⁴ Diego no es un hombre acostumbrado a travestirse, pero confiesa que esta práctica le atrae: en otra vida, le hubiera gustado ser una cantante travestida en un cabaret.

tranquiliza pensar que no son los informantes los que nos escogen, sino nosotros los que los elegimos para la realización de nuestra investigación, aunque sepamos que, en realidad, es el binomio investigador-informante que se escoge mutuamente, ya que la interacción debe funcionar y ser fluida. Debo confesar cuán dubitativa era antes de empezar las entrevistas con Diego. El primer encuentro con él me había dejado la impresión de que juzgaba su propia vida como siendo extraordinaria, digna de un largo relato, y yo, por mi lado, temía que él inventara la mitad (o más), que su fabulosa historia no fuera más que una gran fábula.

Precisaré, luego, que cuando surgió la oportunidad de escuchar y entrevistar a Diego, la homosexualidad no formaba parte de las temáticas de investigación de las que hubiera sido especialista.¹⁵ Aun así, me “hacía ruido” tener la impresión de que Diego me quería contar una historia maravillosa, cuando me había dado cuenta de que, en Patamban, como en muchos contextos rurales o urbanos, los hombres homosexuales suelen ser más bien objeto de discriminaciones; la comunidad solamente acepta y reconoce como norma la heterosexualidad, así como el ejercicio de la sexualidad únicamente al interior del matrimonio. Gracias a la etnografía general realizada desde hace años, me percaté, por ejemplo, de que muchos hombres evitaban realizar tareas de mujeres (lavar trastes, barrer, cocinar) por miedo a que los vieran y se burlaran de ellos, o a que los insultaran diciéndoles “maricones”.

Me dejé llevar por el relato de Diego y, al cabo de unas entrevistas, le aseguré que sí, que como producto final podría construir con él una historia de vida, sin embargo tendríamos que tomar tiempo para eso porque: 1) había irrumpido en mi agenda de trabajo y, si bien podía empezar a conocerlo y grabarlo, no tendría las condiciones para escribir sobre él sino después de varios años, es decir, le pedí tener “mucho paciencia” y; 2) consideraba, y sigo considerando, que para realizar una buena historia de vida era imprescindible realizar numerosas entrevistas a profundidad y no solamente unas cuantas. Si bien algunos autores consideran que, para construir una historia de vida, se necesitan entre 50 y 100 horas de entrevistas con el informante (Taylor y Bogdan, 1987: 111), yo matizaría esta afirmación diciendo que todo depende del sujeto estudiado, de su edad —no es lo mismo 20, 50 u 80 años de vida para contar— y de la manera en como se hace la narración. Acerca de este punto, coincido con Taylor y Bogdan en que “no todas las personas tienen

¹⁵ Cuando el informante se impone al investigador con un tema de estudio fuera de su campo de especialización, puede que el investigador se retraiga de toda propuesta de estudio porque no le interesa el tema o porque es una gran decisión empezar desde cero a investigar en un campo. En este caso preciso, si bien sentí que no era especialista en la homosexualidad, tampoco me consideré completamente ajena del tema, por estar incluido en los estudios de género.

la misma capacidad para expresarse con claridad”, que puede haber informantes “proclives en caer en trivialidades” o “salirse por la tangente” (Taylor y Bogdan, 1987: 175). Desde las primeras horas de entrevista, Diego siempre se ha mostrado muy preciso en sus descripciones, contándome el menor acontecimiento con lujo de detalles, reconstruyendo diálogos con la gente, enseñándome espacios en el pueblo donde le había ocurrido tal o cual encuentro sexual. Esta multitud de detalles puede ser un obstáculo en tanto que satura las narraciones y hace difícil la relectura de las transcripciones; sin embargo, considero que la forma del relato muchas veces da pistas para analizar el contenido de la entrevista. En el caso de Diego, sus narraciones tan detalladas me dieron muchas veces la sensación de que este hombre sí quería ser escuchado y que necesitaba ocupar un lugar dentro de este espacio de interacción y comunicación. En su manera de contarme las cosas, supuse que se las había contado a él mismo mil veces. Imaginé que esta erupción de palabras podía hablar también de cierta soledad.¹⁶

Por último, cabe precisar que, además de las entrevistas individuales con Diego, realicé entrevistas grupales, con él y su grupo de amigos. Este grupo se compone de otros dos hombres homosexuales y de dos mujeres, de quienes supe rápidamente que la comunidad las tachaba de “prostitutas”, por tener libremente relaciones sexuales con hombres. Estas entrevistas grupales se organizaron una vez que hube escuchado casi todo lo que me quería contar Diego. Me ayudaron a complementar datos sobre las representaciones y prácticas sexuales (homosexuales y heterosexuales) en Patamban, más allá de las percepciones de Diego.

La preparación a la escritura. Elementos para la historia de vida de Diego

Si bien en las primeras entrevistas dejé a Diego hablar libremente, le pedí luego que profundizara en varias vertientes de su relato. Como lo subraya Le Breton, “la elaboración de la historia de vida ya no es una palabra libre, ya que el sociólogo puede pedir a su informante que se pare en ciertos puntos, que vaya más rápido en otros y que evite digresiones” (Le Breton, 2004: 180). Asimismo, la escritura de la historia de vida es “materia trabajada” porque, como investigadores, reconstruimos la historia interpretando, organizando, dando forma a los diferentes datos recogidos y seleccionados entre muchos. A continuación daré cuenta de este trabajo de preparación a la escritura, intentando

¹⁶ Volveré sobre estas posibles significaciones en la reflexión final.

organizar algunos elementos de la historia de Diego. Primero identificaré las principales etapas y los acontecimientos que marcan su vida; en segundo lugar expondré las temáticas que resaltan en su discurso.

Las principales etapas de la vida de Diego

Diego nace en 1962, en Patamban.¹⁷ Se sitúa en la última posición de una fratría de cuatro hijos: sus dos hermanos, Gustavo y Rubén, le llevan respectivamente seis y dos años; su hermana, Jacinta, que murió a los 16 años, tenía cuatro años más que él.¹⁸ Cuando recuerda su infancia, afirma: “Era yo un niño mugrosito, sin calzado, mal vestido, mal aseado y mal comido”. Su padre sembraba maíz y trigo en el campo, mientras que su madre se dedicaba al hogar; su abuela materna vendía fruta en la plaza y su abuela paterna era alfarera. Diego fue a la escuela primaria hasta los 12 años y luego dejó de estudiar. Recuerda que, en la escuela, se enamoró de dos de sus maestros y que, a los 11 años, dio su “primer beso” a su “primer novio”. Solía observar a su abuela paterna, con quien aprendió, entre los ocho y diez años, a hacer miniaturas de alfarería; con los “centavitos ganados” por la venta de sus cantaritos, se compraba sus dulces y juguetes. En esa misma época se dejó crecer el pelo. A Diego le encanta que, de espalda, durante toda su vida, lo hayan tomado por una mujer. Desde niño le gustaban mucho “las cosas de mujeres”. Jugaba con las muñecas de su hermana y nadie se lo prohibía. Diego afirma que sus padres siempre fueron muy permisivos con él.

Cuando Diego tenía 12 años, murió su hermana Jacinta de “una enfermedad que le cerraba la garganta y que le impedía comer”. A esta joven la habían “robado” a los 14 años, se había casado y embarazado a los 15 años. El bebé tenía un año y tres meses cuando ella murió. Este niño, llamado Mauricio, se convirtió en el último hijo de la familia, por lo que Diego pasó a la tercera posición. Como la familia paterna de este niño nunca cooperó con los gastos, Diego precisa que fueron sus padres y él mismo quienes educaron a Mauricio. Gracias a las ventas de su artesanía, Diego aportó siempre dinero para la educación de este sobrino convertido en hermano.

De los 12 a los 28 años, Diego trabajó siempre en la alfarería, pasando de realizar “pura miniatura” a cántaros más grandes. Sobre los 15 años le creció el bigote y hasta la fecha se lo ha dejado. Empezó también, en ese momento, su “vida de tomadera”: empezó a “echar relajo”, a fumar y a gustarle

¹⁷No se precisa aquí su fecha de nacimiento exacta por razones de confidencialidad.

¹⁸Todos los nombres usados en este artículo son seudónimos.

el alcohol. Iba a muchos bailes: “Eso era mi vida, bailes y bailes”, subraya Diego. El baile y la alcoholización le facilitaban acercarse a otros hombres. Otra manera de encontrarse con hombres era acudir a “la pileta de arriba”.¹⁹ “Todos los homosexuales íbamos allá, íbamos a lo que íbamos”, dice Diego. Él tuvo su “primera penetración sobre los 13 años”, con otro joven del pueblo; después, prefirió siempre ir con hombres mayores y, de preferencia, casados: su vida sexual era muy activa y nunca usaba preservativos. En esa época, en los años ochenta, Diego recuerda que en Patamban los homosexuales recibían muchos insultos: “Nos gritaban, nos apedreaban, nos co-reteaban”.

A los 28 años, y durante un poco más de un año, Diego se fue a vivir a la ciudad de México con su hermano mayor, Gustavo. Ahí vendía artículos para bautizos, recuerdos de 15 años, bodas y *baby showers*. Gustavo tenía un puesto ambulante y le daba 1 000 pesos semanales a Diego por trabajar con él. Durante ese periodo, Diego descubrió que su padre era infiel y que engañaba a su madre en la misma casa. Dejó de hablar con su padre. Dos años más tarde, en 1994, su madre murió de “diabetes complicado con brujería”. Justo antes de morir, su madre contó a Diego que su marido le había sido infiel toda la vida.

Los diez años que siguieron, Diego estuvo viviendo con su padre y Mauricio, el sobrino convertido en hermano. Empezó a encargarse más de la casa: cocinar, lavar, barrer. A Diego nunca le han gustado las tareas domésticas porque “es un trabajo que cansa mucho y que no paga” y, de hecho, consideraba en aquel momento que tanto su padre como Mauricio debían también aprender a cocinar y a responsabilizarse por sus cosas. Después del intermedio en la ciudad de México, Diego había regresado a su actividad de alfarero; ganó un concurso de artesanía en Uruapan con una torre que elaboró. Gracias al dinero que ganaba con la alfarería, colaboraba para los gastos de la casa; sus ahorros le permitieron comprar loseta para el piso de su cuarto, pues antes era de tierra. Cada vez que se presentó la ocasión, fue a bailes y, durante todo ese periodo, Diego siguió teniendo muchos amantes.

En el año 2003, cuando Diego tenía 41 años, su padre se enfermó, estuvo a punto de morir y se recuperó. Varios meses después, Diego empezó a “sentirse mal de los nervios y a deprimirse”. Cuando empecé las entrevistas con Diego, en 2009, me contaba que estaba enfermo desde aquel entonces y que tomaba pastillas diariamente para los nervios. Durante los últimos seis años había dejado de fumar, de tomar, y ya no quería tener sexo con amantes

¹⁹ Todos los lugareños iban a llenar sus cubetas de agua en la “pileta de arriba”. En Patamban el agua empezó a llegar hasta las casas a partir de 1996.

por miedo a que “le pegaran una enfermedad más”. Siguió y sigue vendiendo su producción alfarera en la esquina de su casa, durante los festejos del pueblo. Siente que gracias a la brujería que le aplican, tanto su amigo de Zamora como una señora de Patamban, se empezó “a sentir mejor”.

Desde que empecé las entrevistas con Diego, y durante los tres últimos años, he podido constatar que él cuida su salud yendo a correr en el campo casi cada día. Volvió a tener relaciones sexuales con amantes del pueblo u otros hombres—generalmente comerciantes— que visitan con cierta regularidad Patamban. Diego sigue produciendo sus cántaros. Su hermano Gustavo está en Chilchota, Rubén vive en Estados Unidos; Mauricio, con su mujer y sus dos hijos, viven en una parte adjunta a la casa donde están Diego y su padre.

Diego tiene su cuarto propio, de cemento, donde guarda su alfarería a la venta, donde duerme, se viste, escucha música y recibe a sus visitas. Adyacente al cuarto, una cabaña le sirve de taller para trabajar el barro y moldear sus cántaros. Frente al cuarto de Diego, del otro lado del corral, está la habitación del padre. Aunque no tenga ventanas, esta última da a la calle, como la parte habitada por Mauricio y su familia. Todos comparten el corral donde, debajo del porche, hay una estufa, una llave de agua y un tanque para almacenarla.²⁰ Diego casi ya no habla con la mujer de Mauricio porque “es una mujer infiel con su marido”, así que, aunque vivan todos juntos, les separa un muro silencioso.

Así, vimos que la vida de Diego se puede articular en torno a los siguientes periodos y eventos culminantes: 1) su infancia hasta los 12 años; 2) la muerte de Jacinta que cambia el orden de la fratría y la organización familiar; 3) un periodo de trabajo y “relajo” o “vida de tomadera”, según sus propias palabras (12-28 años); 4) una etapa de transición por la ciudad de México (28-29 años); 5) la muerte de su madre; 6) un periodo de trabajo, responsabilidades en casa y salidas (32-41 años); 7) la enfermedad de su padre y visión de que se pueda morir y; 8) la depresión de Diego y su propia “enfermedad”.

Las temáticas que resaltan en el relato de Diego

A la luz del conjunto de entrevistas realizadas con Diego, cabe notar que resaltan, de manera recurrente, varias temáticas. La primera es la cuestión del cuerpo y, más específicamente, de su cuerpo. Diego mide aproximadamente

²⁰ En 2012, el agua sólo se distribuía algunos días a la semana: había una programación específica de los días de repartición de agua en función de los barrios del pueblo.

1.65 metros y tiene una complexión delgada. Nunca se pesa, desconoce su peso, pero sí está orgulloso de la delgadez que mantiene gracias a una alimentación sana, “sin refrescos ni comida chatarra”. Siempre le importó mucho la imagen de su cuerpo; desde muy joven se depila las cejas y se hace la manicura. Sobre los 20 años se puso dos adornos de plata en sus incisivos centrales porque “estaba de moda y daba una bonita sonrisa”. Afirma también que, durante toda su juventud, en los bailes y de espalda, lo confundían con el cantante El Buki, por la melena negra que le caía en los hombros. Hoy se tiñe el cabello para esconder las canas, además de que va a correr cada día al campo para seguir siendo delgado y estar en plena forma. No siempre estuvo tan atento a su cuerpo como ahora; de hecho, tiene remordimientos por los periodos en que se emborrachaba y fumaba “demasiado” sin tener conciencia de los peligros para su salud. Para Diego, el cuerpo es el símbolo de la libertad: “Nadie puede juzgar lo que uno hace con su cuerpo. Cada uno es libre de hacer y deshacer”. En las entrevistas predomina su preocupación por siempre desprender la imagen de un hombre guapo, seductor y atractivo.

Vinculada con el aspecto corporal, la temática de la sexualidad resalta y es omnipresente en su discurso. Cuenta su vida mencionando cada encuentro sexual de manera precisa; incluso, cuando relata su infancia, alude a sus primeros juegos eróticos con sus “amiguitos”. Para Diego, los hombres como él, es decir, homosexuales, tienen “olores de perras” que atraen mucho a los hombres: “Caen, caen y caen [los hombres del pueblo] [...] cuando están borrachos no resisten, quieren sexo”. Según lo que cuenta Diego, y tomando en cuenta las experiencias de su vida hasta hoy, se habría acostado con varias decenas de hombres del pueblo, “unos 50”. Explica que él casi siempre ha tenido relaciones sexuales con hombres casados; no le gustan los “chavitos” que sólo buscan tener sexo rápido, que “no le hacen sentir bonito”. Nunca se ha acostado con otro hombre homosexual. Se siente insultado cuando un hombre le pide que lo penetre: “Yo, recibo. No doy. Yo digo, somos jotos para buscar hombres y no personas del mismo sexo. A mí no me gustan los jotos, ni las mujeres, puros hombres casados”. Casados y viriles: a Diego le gustan los hombres con músculos, con vellos en el torso, ni gordos ni flacos, pero que le pongan todo su peso encima para que pueda sentir su fuerza.

En el cruce de las temáticas del cuerpo y de la sexualidad, Diego habla muchas veces, implícitamente y sin saberlo, de identidades de género. Diego siempre ha querido tener un cuerpo de hombre (con bigote) pero que, de espaldas, pueda pasar por un cuerpo de mujer. Le encanta la estética femenina; se tiñe el pelo y, para ocasiones especiales como los bailes, se maquilla discretamente y viste camisas ajustadas de mujer. Tiene un sexo de hombre del que no se sirve en sus relaciones sexuales, pues no quiere penetrar y sólo

busca ser penetrado “tal como una mujer”; también controla sus excitaciones e intenta no eyacular delante de sus amantes porque esto reforzaría la imagen de hombre que no quiere mostrar en ese momento. Aunque Diego sea un hombre a quien le gustan los hombres, su manera de explicar su sexualidad remite al modelo heterosexual, porque le es inconcebible contemplar una relación entre dos hombres penetrantes. A la pregunta “¿te hubiera gustado ser una mujer?”, Diego contestó con un “no” rotundo, explicando que “las mujeres son por naturaleza bien chismosas” y que tienen muchas menos libertades que los hombres en el pueblo. Ellas se encuentran encerradas en la casa y en las tareas domésticas, mismas que le desagradan por no ser lucrativas.

En las entrevistas resalta también la preocupación de Diego por entrar a la vejez y acercarse a la muerte. Aborda esta temática cuando relata la enfermedad de su padre en 2003 y la depresión en la que él mismo cayó a partir de ese entonces. Habla constantemente de “su enfermedad”. Sus mayores angustias son: perder sus capacidades físicas, hacerse feo y marchitado, sin ningún poder de seducción, estar acurrucado en la soledad... Como no ha hecho familia, uno de sus grandes temores es quedarse solo una vez que se haya muerto su padre. “¿Quién me va a cuidar cuando esté muy viejo?”, se pregunta. Su sueño, me confiesa en varias ocasiones, sería poder “comprar años” para retroceder en vez de avanzar en la edad.

La siguiente temática que sobresale en su discurso es la del dinero. Diego repite muchas veces que él nunca ha cobrado por tener relaciones sexuales, a diferencia de algunos de sus amigos. Más bien, él siempre regalaba cigarrillos o refrescos al amante con el que se liaba. Cuando habla de la vida cotidiana familiar, Diego también insiste en que siempre ha colaborado con los gastos de la casa y de la educación de Mauricio. No está menos orgulloso al afirmar cuánto ha ganado gracias a premios obtenidos en concursos de alfarería. Diego explica que los homosexuales son conocidos en el pueblo por ser personas que tienen dinero, que son en general muy trabajadores y con sentido del ahorro. Él dice que nunca ha tenido mucho dinero pero que le gusta ahorrar. Desde hace mucho, Diego es como un banquero para algunas familias del pueblo. En un cuaderno apunta cada préstamo de dinero y cobra 10% de intereses. Vincula mucho la cuestión del dinero con la ayuda al otro y con el afecto. Describe: “De toda mi vida, mi padre nunca me dijo ‘te quiero’ como dicen las personas de la ciudad. En cambio, siempre me ha dado cariño de otra manera. Me da dinero, me da medicamentos, nunca me ha criticado por quien soy”. Esta relación padre-hijo, mediatizada por el dinero, no deja de acarrear conflictos con los otros hermanos. Diego vive con el temor de que —por ser homosexual, sin familia y porque su padre, en vida, le ha dado dinero— sus hermanos se quieran quedar con la parte de la herencia que le corresponde.

Por último, una temática que llama la atención en el discurso de Diego es la presencia que tiene la brujería en su vida. Por un lado, no sólo explica las muertes de su hermana y de su madre por el coctel de “enfermedad complicada por brujería”, sino todas las otras desgracias que le pasaron en su vida: perder concursos de artesanía, enfermarse, ser abandonado por un amigo y/o un amante, pasar por momentos críticos a nivel económico... Por el otro lado, gracias al recurso de la brujería, Diego ha logrado cosas muy positivas a lo largo de su vida: se ha liberado de los celos de ciertas personas; se ha mejorado su salud; han llegado compradores de artesanía cuando hacía tiempo que no llegaba ninguno; ha tenido, de repente y de nuevo, muchos éxitos con los hombres... Diego tiene un amigo en Zamora que le “echa las cartas” y acude, también, con una señora “de la colonia”, en Patamban. A veces Diego compra —cuando está en Zamora— un jabón con feromonas llamado “La Venus de Milo”, para atraer a los hombres, o un polvito blanco para poner en los zapatos de la persona que quiere engatusar. Algunas otras veces sólo necesita sacar una piedra específica en su corral para que se detengan las malas vibras del entorno.

Reflexión en torno a la historia de vida. ¿Qué significa para la investigadora? ¿Y para el informante?

Como lo demuestran las líneas anteriores, me encuentro en una fase en que voy desentrañando y organizando toda la información contenida en las entrevistas grabadas con Diego. Presentar cronológicamente los diferentes periodos de su vida, así como destacar las temáticas recurrentes en su discurso, es empezar a dar un sentido para la construcción de la historia de vida. Como técnica de investigación e instrumento de reflexión, la historia de vida tiene una larga tradición en distintos enfoques disciplinarios como la historia, la antropología y la psicología; y figuró de manera prominente en el trabajo de la Escuela de Chicago entre 1920 y 1940 (Becker, 1986; Copans, 1967: 88; Sarabia, 1985: 165-167; Taylor y Bogdan, 1987: 103). Aquí la intención no es recordar esta época de oro de la historia de vida a través de sus obras clásicas,²¹ y tampoco se trata de reabrir el debate sobre las trampas de la ilusión teleológica —la vida se organizaría en función de un proyecto y una finalidad— o de la “ilusión biográfica” —¿por qué la vida tendría que tener un

²¹ Entre otras obras clásicas, figuran: *The Polish Peasant in Europe and America* (1918), de William Isaac Thomas y Florian Znaniecki; *The Natural History of a Delinquent Career* (1931), *Brothers in Crime* (1938) y *The Jack Roller* (1966), de Clifford Shaw; *The Professional Thief* (1937), de Edwin Hardin Sutherland.

sentido?—,²² aunque será importante abordar estos debates en el marco de un escrito más extenso. Por el momento, nos enfocaremos en los interrogantes esbozados en la introducción, es decir, en las significaciones de esta situación de campo que desembocó en la decisión de elaborar una historia de vida.

La principal razón por la que pude ratificar mi compromiso con Diego y confirmarle que sí aceptaría construir con él una historia de vida estribó en el contenido mismo de su historia, de lo cual sólo pude estar segura al cabo de algunas entrevistas. Al escucharlo, no es que haya pensado “éste sí es un caso”, en el sentido en que hubiera sido representativo o radicalmente diferente de muchos casos de homosexuales en Patamban—de eso no podía estar segura, ya que no había trabajado anteriormente la temática—; en cambio, movilizó mi interés el relato que Diego me proporcionó acerca de las relaciones interpersonales (sobre todo entre hombres) de las que yo ignoraba todo. En otras palabras, si bien conocía el pueblo desde hacía unos años, con Diego lo volví a descubrir desde una voz y una mirada diferentes de los informantes a los que estaba acostumbrada.²³ Eso lo encontré fascinante.

A continuación resaltaré dos puntos que, entre muchos otros, me parecieron constituir la riqueza de su testimonio. Primero, a diferencia de lo que presuponía yo, la homosexualidad masculina en Patamban—y tal vez se podrá generalizar al medio rural mexicano, con muchas precauciones— no parece ser sinónima de “aislamiento” y “soledad”.²⁴ Si bien dudé de “los 50 amantes” que decía haber tenido, comprobé luego que no solamente sus otros amigos homosexuales, al igual que él, tienen colecciones de amantes, sino que las mujeres del pueblo tienden a cerrar los ojos cuando sus maridos tienen una aventura sexual con un hombre. Un escándalo estalla más fácilmente, en cambio, cuando el marido se relaciona con otra mujer, porque la estabilidad del hogar se ve amenazada. El relato de Diego nos permite aprehender una práctica amplia de la bisexualidad entre los hombres de Patamban, así como entrever cierto nivel de tolerancia hacia las prácticas homosexuales.

Segundo, llama la atención el discurso de Diego acerca de sus posiciones alternadas como “hombre” o “mujer”: por un lado, se dice “recibir como mu-

²² Aquí me refiero al texto de Bourdieu (1994).

²³ Antes de encontrar a Diego, mis informantes habían sido principalmente mujeres jóvenes y mujeres amas de casa y madres; también había hecho algunas entrevistas con hombres jóvenes (Tinat: 2008a; 2008b).

²⁴ Presuponía que la asociación homosexualidad y ruralidad podían ser equivalentes al “aislamiento”, pues ese fue el resultado de una investigación reciente realizada en provincias rurales de Quebec (Julien y Lévy, 2007). Ahora bien, la gran diferencia entre este estudio y el relato de Diego es que, en Quebec, los gay y lesbianas sólo tienen relaciones sexuales con sus pares, mientras que Diego reporta relaciones entre hombres homosexuales y hombres casados.

jer” en el acto sexual, le gusta la estética corporal femenina y que la gente lo vea como mujer de espalda; por otro lado, guarda rasgos corporales masculinos como el bigote, afirma que es un hombre y que de ninguna manera sería una mujer, es decir, una persona sumisa, sin poder y chismosa. Aquí se dibuja la cuestión del género en plena construcción o un “*doing gender*” (West y Zimmerman, 1987: 125-127), ya que Diego, en función de la situación o de las acciones que marcan su vida cotidiana, no se queda en un rol fijo. A través de su relato resalta la composición del género entre: 1) un elemento normativo —sus vivencias como homosexual se ven ante todo moldeadas por la cultura y el sistema de pensamiento del pueblo, y no tanto por una “condición” homosexual *sui generis*— y; 2) un elemento interactivo —se devela un juego del género en ciertas prácticas de Diego—. Estos puntos merecerán profundizarse en el marco de un análisis completo; sin embargo, los menciono aquí porque figuran entre los elementos que más dispararon mi interés por la historia de Diego.

Más allá del contenido del relato de Diego, que me persuadió de que la elaboración de una historia de vida era factible, hay que confesar que me dejé convencer también por todo lo significativo que, para él, parecía tener el hecho de contarme su historia. Primero, sospeché que siempre había soñado con esta oportunidad de hablar y ser escuchado durante horas: desde las primeras entrevistas, no había manera de detener su relato. Inmediatamente, la idea que me vino a la mente fue que, para él, era como un acto de liberación de la palabra. Cabe precisar que, muchas veces, en Patamban, tuve esta impresión al entablar conversaciones de cara a cara con informantes. Es más: cuando visito a ciertas madres de familia, me dicen abiertamente aprovechar para “sacar todo”, un poco como si fuera una psicóloga. Es una sensación que compartimos muchos antropólogos y sociólogos,²⁵ y que habla mucho de la carencia de espacios de comunicación y diálogo, particularmente en el medio rural.²⁶

Segundo, me di cuenta de que Diego estaba en una necesidad de “*dire vrai*”, es decir, de contar las cosas con honestidad, de hablar con la verdad, como él la cree. Becker afirma: “Siempre somos conscientes de que el autor no nos cuenta más que una parte de su historia, que escoge los hechos de manera a presentarnos la imagen que quisiera que tuviéramos, que descuida

²⁵ Me fundamento en intercambios con colegas que hacen trabajo de campo en comunidades rurales.

²⁶ Muchas informantes me explicaron que prefieren no hablar mucho entre ellas porque “todo se sabe en el pueblo” o que a veces confían en una sola persona: una comadre o una hermana. Cuando se presenta la oportunidad de hablar con un investigador, piensan que la gran ventaja es que esta persona se lleva la información fuera del pueblo.

los detalles que le parecen menores o desagradables” (Becker, 1986: 105).²⁷ Nunca fui crédula al punto de pensar que Diego no se autocensuraba de vez en cuando o que tampoco controlaba su imagen en la interacción conmigo y a través de su relato. De hecho, en los primeros momentos, se notaba que preparaba las entrevistas antes de verme, que sabía perfectamente lo que me iba a contar. No obstante, esta sensación se disipó muy rápidamente: Diego nunca intentó dar la impresión de que hubiera logrado todo en su vida, o que todas sus acciones hubieran sido coherentes y lineales. Al contrario, establece un balance claroscuro, destacando sus defectos —se arrepiente sincera y repetidamente de haber tomado tanto alcohol en su vida y no haberse cuidado más— y valorando otros rasgos suyos —siempre ha tenido “pegue” con los hombres—. Asimismo, en las maneras de contarse, Diego nunca buscó recurrir a un vocabulario que no fuera el suyo; sus recursos lingüísticos eran propios. En varias ocasiones precisó que a menudo no entiende palabras que usan sus amigos; muchas veces me recordó con toda humildad: “Yo sólo fui a la primaria”.

Por último, me pareció que esta oportunidad, que Diego mismo provocó para contarse y pensarse, tenía como significación para él “existir mejor” o, en términos más académicos, “afirmarse como sujeto”. Por “sujeto”, me remito a una definición clásica como la que aborda Fraisse y que entiende una construcción a través de la autonomía y propiedad de sí, independientemente de las expectativas sociales (Fraisse, 2008: 39-44). En efecto, a lo largo de las entrevistas, Diego siempre me dejó entender que la historia es muy importante porque es la suya; asimismo, me percaté de que el doble ejercicio de reflexividad y expresión oral parecía ser el motor de su subjetivación, misma que se veía reforzada por cierto discurso que alababa sus acciones y decisiones. Por ejemplo, Diego opina que siempre su vida ha sido más fácil que la de sus amigos homosexuales, dado que nunca ha escondido sus preferencias sexuales a nadie y porque ha tenido la suerte de que sus padres todo el tiempo lo han aceptado y respetado como es. Cuando evoca las relaciones sexuales que tuvo y tiene con sus amantes, muchas veces se enorgullece de haber sido y ser el único en decidir “cómo”, “cuándo”, “dónde” y “qué” se hace (o no) con su cuerpo. Definitivamente, las entrevistas parecían ofrecer a Diego la oportunidad de cristalizar su identidad de hombre homosexual, no para salir de la sombra —porque dice haber nacido así y haberlo asumido desde siempre—, sino más bien para desafiar el inevitable transcurso del tiempo y la vejez que tanto le espanta. En breve, sentí que la concepción que Diego tiene de él mismo se materializaba y consignaba en la utilización de la

²⁷ Traducción nuestra.

narración: una razón más para dejarme enganchar por esta situación de campo que surgió de manera imprevista.

Conclusiones

Cuando el informante se impone al investigador, o más bien, cuando el informante irrumpe en el trabajo de campo tomando por sorpresa al investigador,²⁸ son numerosas preguntas las que surgen o, por lo menos, así es como me enfrenté con esta situación. Afloraron interrogaciones sobre los motivos que podrían llevarme a aceptar la petición de este hombre, sobre lo que sería relevante desde un punto de vista académico si se tomara la decisión de llevar a cabo una investigación con base en esta situación de partida, y sobre las significaciones que tendría, para el mismo sujeto, la elaboración de una historia de vida. Entre estas preguntas, y otras que van apareciendo en el camino, hay otra cuestión igual de crucial que se plantea y que atañe al compromiso establecido con el informante. A continuación me referiré a dos facetas de este compromiso: el aspecto ético y la elaboración del producto final.

Cuando realizamos una investigación y seleccionamos a un conjunto de informantes, solemos garantizarles el anonimato de su testimonio y advertirles sobre el desarrollo del estudio: ¿Cuál es el propósito de las entrevistas? ¿Cuál es el fin del proyecto? ¿Cómo se usarán sus voces en el documento final?²⁹ Estas precauciones permiten sellar el pacto ético entre nosotros y ellos, es decir, asegurarles de que no violaremos las reglas de confidencialidad, entre otros aspectos. En el caso donde los roles están invertidos —cuando es el informante quien reclama que se investigue sobre él—, no es menos importante hablar detenidamente de cómo se hará uso de la información y de cómo se va a trabajar conjuntamente. Si bien Diego tenía el sueño de que alguien escribiera sobre él, no tenía idea de la cantidad de entrevistas que eso podía conllevar. Por respeto hacia él y para su conocimiento, fue fundamental describirle paso a paso el procedimiento y demostrarle la confianza con la que podía contar. En realidad, Diego no había pensado previamente en estas implicaciones y, una vez enterado, su reacción fue de agradecimiento.

²⁸ En realidad, no es que el informante se imponga al investigador y que este último deba padecer la situación; el informante más bien irrumpe en medio del trabajo de campo y el investigador siempre tiene la libertad de tomar o no en cuenta la petición del informante.

²⁹ Esta práctica es la más recomendable; sin embargo, en ciertos manuales metodológicos, como el de Taylor y Bogdan (1987: 42-45), se precisa que, con los informantes, es preferible ser vago e impreciso, ser prudente en no proporcionar demasiados detalles.

Acerca del producto final, también fue necesario conversar. Desde el principio, Diego formuló su deseo de que su vida fuera consignada en un libro. Ahora bien, con toda evidencia, en seguida pensé que Diego no podría estar refiriéndose a una obra analítica como las que solemos producir en la academia. Así, cuando le confirmé mi interés en seguir las entrevistas con él, me comprometí en la escritura de un pequeño libro enfocado en su historia de vida; asimismo, le aseguré que podría leer la versión final del manuscrito para corregir datos eventualmente erróneos y darme su visto bueno antes de todo encaminamiento hacia una publicación. Como la elaboración de una historia de vida ya supone, en sí, una lectura orientada de los datos proporcionados por el informante, considero que este primer producto será a la vez accesible en su lectura para su protagonista y de naturaleza académica. Además, con la intención de hacer este trabajo de entrevistas aún más fructífero, preveo profundizar y prolongar la labor de escritura en una serie de artículos analíticos, realizados desde una perspectiva de género y una mirada antropológica. Al avisar a Diego que, además del librito, podrían florecer otros productos derivados de nuestras entrevistas, me contestó: “¡Claro! ¡Tú haz tu trabajo de investigadora!”. La flexibilidad de este informante, así como la buena comunicación que se instauró entre él y yo, han sido imprescindibles para asentar nuestro compromiso.

A través de estas líneas quise demostrar cómo una situación de campo, inesperada, puede servir de trampolín a un proyecto de investigación que tampoco era esperado ni, menos, agendado. Más precisamente, esta situación hizo emerger diferentes preguntas a nivel del contexto a estudiar, de la metodología empleada y de ciertas facetas de la interacción entre el informante y la investigadora. Esta situación sólo se pudo convertir en un proyecto de estudio gracias al hecho de que las entrevistas dejaban ver un contenido particularmente prometedor y enriquecedor. Esta experiencia me convenció de que, a veces, en el trabajo de campo la sensación de “dominio de las cosas” es verdaderamente ilusoria. Al confiar en lo fecundo de ciertas situaciones imprevistas se pueden generar estudios que no estaban en la agenda de investigación pero que, por algo, vale la pena aceptar.

Este número especial de *Estudios Sociológicos* se planteó el objetivo de reflejar las líneas de investigación e intereses académicos de cada profesor del Centro de Estudios Sociológicos, y debo reconocer que este artículo sólo responde indirectamente al objetivo. A lo largo de los doce últimos años realicé investigaciones que, a primera vista, pueden parecer bastante heterogéneas: primero, me interesé por el estudio de la identidad y cultura de un grupo juvenil urbano madrileño; me dediqué luego a entender las representaciones sociales y la feminidad en jóvenes mujeres que sufrían anorexia en la ciudad

de México; desde 2005 elegí Patamban (Michoacán) como trabajo de campo para hacer una etnografía general, así como estudiar las representaciones y prácticas alimentarias y corporales de los jóvenes del pueblo; entre 2007 y 2010 trabajé a profundidad la vida y obra de Simone de Beauvoir, mientras seguía acudiendo a Patamban y empezaba a conocer a Diego, desde 2009.³⁰

Más allá de la diversidad temática que parece caracterizar este abanico de investigaciones, puedo resaltar, por lo menos, dos puntos comunes a todas. El primero es que siempre me centro en construcciones individuales, moldeadas por disposiciones, hábitos y relaciones con los demás; lo que me interesa —y es una constante— es estudiar de qué manera las personas viven y experimentan el mundo, y cómo su experiencia individual y cotidiana se refleja en los grandes procesos sociales. El segundo punto común, en la prolongación del primero, es que siempre recurro a métodos cualitativos y que el trabajo de campo tal y como lo concibo intenta siempre suscitar un trabajo de reflexividad y de introspección en los sujetos estudiados (Tinát, en prensa).

El estudio que nació a raíz del encuentro con Diego cumple con estas dos características; pero, sobre todo, desde el inicio de las entrevistas me regocijé de esta nueva oportunidad de reflexionar sobre la interacción con el otro. Una vez más comprobé que la accesibilidad a los seres humanos sólo es posible desde el interior, desde su sentir. Aprender situaciones humanas, desentrañar toda la subjetividad que éstas contienen, entender lo que las cosas significan profundamente para los que estudiamos: con eso resumo bien un punto central de mis intereses de investigadora.

Correspondencia: Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer/
Centro de Estudios Sociológicos/El Colegio de México/Camino al Ajusco
núm. 20/Col. Pedregal de Santa Teresa/Deleg. Tlalpan/C.P. 10740/México,
D. F./correo electrónico: ktinat@colmex.mx

Bibliografía

- Becker, Howard S. (1986), “Biographie et mosaïque scientifique”, *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 62, núm. 1, pp. 105-110.
- Bourdieu, Pierre (1994), “L’illusion biographique”, en P. Bourdieu, *Raisons pratiques sur la théorie de l’action*, París, Seuil, pp. 81-89.
- Copans, Jean (1967), “Le métier d’anthropologue”, *L’Homme*, vol. 7, núm. 4, pp. 84-91.

³⁰ Dos artículos de mi autoría reconstruyen este itinerario de investigación (Tinát, 2008c; en prensa).

- Díez, Jordi (2010), “El movimiento lésbico-gay, 1978-2010”, en Ana María Tepichin, Karine Tinat y Luzelena Gutiérrez de Velasco (coords.), *Relaciones de género*, México, El Colegio de México, pp. 135-154.
- Durand, Jorge (2007), “Origen y destino de una migración centenaria”, en Marina Ariza y Alejandro Portes (coords.), *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, México, UNAM, INM, Miguel Ángel Porrúa, pp. 55-81.
- Fraisse, Geneviève (2008), “El devenir sujeto y la permanencia del objeto”, en G. Fraisse, *Desnuda está la filosofía*, Buenos Aires, Leviatán, pp. 39-61.
- Julien, Danielle y Joseph J. Lévy (2007), *Homosexualités: variations régionales*, Québec, Presses de l’Université du Québec.
- Moctezuma Yano, Patricia (2002), *Artesanos y artesanías frente a la globalización: Zipitajo, Patamban y Tonalá*, Zamora, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.
- Núñez Noriega, Guillermo (2001), “Reconociendo los placeres, desconstruyendo las identidades. Antropología, patriarcado y homoerotismos en México”, *Desacatos. Revista de Antropología Social*, núm. 6, primavera-verano, pp. 15-34.
- Núñez Noriega, Guillermo (2000), *Sexo entre varones: poder y resistencia en el campo sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa, PUEG-UNAM.
- Sarabia, Bernabé (1985), “Historias de vida”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 29, pp. 165-186.
- Taylor, Steven y Robert Bogdan (1987), *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Tinat, Karine (2008a), “¿Existen la ‘anorexia’ y la ‘bulimia’ en el medio rural? Nuevas representaciones y prácticas alimentarias y corporales en los jóvenes de Patamban, Michoacán”, *Estudios Sociológicos*, vol. 26, núm. 78, mayo-agosto, pp. 647-667.
- Tinat, Karine (2008b), “¿Y qué pasa con los que se quedan? Del mercado a la mesa: el impacto de la migración en la alimentación”, en José Luis Seefoo (coord.), *Desde los colores del maíz. Una agenda para el campo mexicano*, vol. II, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 775-791.
- Tinat, Karine (2008c), “De jóvenes, cuerpos y alimentos: la reconstrucción de un itinerario de investigación”, *Estudios Sociológicos*, vol. 26, núm. 76, enero-abril, pp. 179-196.
- Tinat, Karine (en prensa), “Hacia una sociología de la alimentación y de la sexualidad”, en Hugo José Suárez y Kristina Pirker (comps.), *Sociólogos y su sociología. Experiencias en el ejercicio del oficio en México*, México, IIS-UNAM.
- West, Candace y Don H. Zimmerman (1987), “Doing Gender”, *Gender and Society*, vol. 1, núm. 2, pp. 125-151.

Acerca de la autora

Karine Tinat es doctora en estudios hispánicos y ciencias de la comunicación por la Universidad de Borgoña, Francia. Llevó a cabo el postdoctorado en antropología social en el CIESAS. Actualmente es profesora investigadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer, en el CES de El Colegio de México. Los principales ejes de sus investigaciones son las relaciones de género, el cuerpo, la sexualidad, la alimentación y la juventud. Entre sus publicaciones recientes podemos mencionar *Los pijos de Madrid. Reflexiones sobre la identidad y la cultura de un grupo de jóvenes*, México, El Colegio de México, en prensa; así como su coordinación del libro colectivo *La herencia Beauvoir*, México, El Colegio de México, 2011.